



Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe
Coordinación General de la Pastoral del Santuario

REFLEXIONES PARA VIVIR EN FAMILIA Y EN CASA EL VIERNES DE PASCUA



Monseñor Jorge Antonio Palencia Ramírez de Arellano
Canónigo Lectoral del Venerable Cabildo Colegial de Guadalupe
Coordinador General de la Pastoral del Santuario

ALELUYA HERMANOS Y HERMANAS, VERDADERAMENTE HA RESUCITADO EL SEÑOR.

Meditamos hoy, VIERNES DE LA OCTAVA DE PASCUA, la aparición de Jesús Resucitado a sus discípulos, en el lago de Galilea. Es una de las narraciones más hermosas de Cristo Resucitado. En ese mismo lugar los discípulos habían sido testigos de la primera pesca milagrosa, habían empezado a entender que Jesús y a, no era cualquier hombre y ahora, JESUS el SEÑOR RESUCITADO llega a sus vidas y empiezan a descubrir que todo es nuevo y diferente.

Los discípulos habían regresado a su tierra, cumplían en mandato de Jesús: *“vayan a Galilea allá los veré”*, habían visto al Salvador Resucitado con las marcas de los clavos y de la lanza en Su Cuerpo. Habían regresado a lo que sabían hacer, pescar. He aquí una buena lección para nosotros, cuando hacemos las cosas por rutina, sin contar lo que Dios ya ha obrado en nuestras vidas y seguir como si nada hubiera pasado.

JESÚS RESUCITADO, aparece en la orilla del lago, les pregunta: *“Muchachos, ¿no tienen algo de comer?”* Ellos confiesan que no habían pescado nada. Jesús les dice: *“Tiren las redes a la derecha de la barca, y pescarán algo.”* Ellos obedecen, y aquí está la clave en la Fe: obediencia a la Palabra del Señor. Aun en momentos de fracaso, de frustración: ESCUCHAR Y CREER.

En estos días de *“vivir en casa”*, que por seguridad de todos se han alargado, este encierro mayor, nos ha causado enojo, ira, frustración, Jesús Resucitado nos pide otra vez: *“..., echa las redes”* confía. Quizás nuestra cuarentena la veamos como interminable, pero este será nuestro caminar en la fe: *“nuevamente echar las redes”*. Es muy fácil caer en el desánimo, y turbarse uno mismo por los problemas y por lo que el mundo habla sobre la pandemia, pero el SEÑOR RESUCITADO nos mostrará que, Él cuida de nosotros y nos acompañará en esta nueva etapa de *“vivir en casa”*.

*Monseñor Jorge Antonio Palencia Ramírez de Arellano
Canónigo Lectoral del Venerable Cabildo Colegial de Guadalupe
Coordinador General de la Pastoral del Santuario*

VIERNES DE LA OCTAVA DE PASCUA

Primera lectura

El breve y vigoroso discurso de Pedro, está lleno del Espíritu Santo, tal como había prometido Jesús, habla con una gran audacia y fuerza, nunca vista en un hombre sencillo, un pescador de Galilea.

Ante los jefes del pueblo y poniéndolos en una situación desconcertante, Pedro parte del hecho de la curación del paralítico, para anunciar la salvación que nos ha traído Jesús. Simón Pedro con fuerza proclama: “..... aquel a quien ustedes condenaron a muerte ha sido resucitado por Dios; y la piedra que ustedes desecharon Dios la ha convertido en la piedra fundamental de la nueva Creación. Jesús, a quien los jefes rechazaron y mataron, ha sido elegido por Dios para dar cumplimiento a sus promesas. En el “nombre de Jesús” hay salvación y en ningún otro.

De los Hechos de los Apóstoles 4,1-12

En aquellos días, mientras Pedro y Juan hablaban a la gente, se les presentaron los sacerdotes, el jefe de la guardia del templo y los saduceos. Estaban molestos porque enseñaban al pueblo y anunciaban que la resurrección de los muertos se había realizado ya en Jesús. Los prendieron y los encarcelaron hasta el día siguiente, pues era ya tarde. Pero muchos de los que habían oído el discurso creyeron, y el número de hombres llegó a cinco mil.

Al día siguiente se reunieron en Jerusalén los jefes de los sacerdotes, los ancianos y los maestros de la Ley: Anás, sumo sacerdote, y Caifás, Juan, Alejandro y todos los que pertenecían al linaje sacerdotal. Hicieron comparecer a Pedro y a Juan y les preguntaron: ¿Con qué poder o en nombre de quién habéis hecho esto?

Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les dijo: Jefes del pueblo y ancianos de Israel, hoy ha sido curado un hombre enfermo, y nos preguntáis en nombre de quién se ha realizado esta curación; pues sabed todos vosotros y todo el pueblo de Israel que éste aparece ante vosotros sano en virtud del nombre de Jesucristo Nazareno, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios ha resucitado de entre los muertos. El es la piedra rechazada por vosotros, los constructores, que se ha convertido en piedra angular. Nadie más que él puede salvarnos, pues sólo a través de él nos concede Dios a los hombres la salvación sobre la tierra.

Segunda lectura.

La pesca milagrosa presenta la tercera aparición del Resucitado a los discípulos-pescadores, reunidos junto a la orilla del lago Galilea - Tiberíades. El encuentro de Jesús con los suyos, que habían vuelto a su trabajo, describe de manera simbólica la misión de la Iglesia primitiva y el retrato de cada comunidad.

El reducido grupo de los discípulos, con Pedro a la cabeza, representa a toda la Iglesia en misión. Pero sin Jesús en la barca, el fracaso de la pesca es decir la misión es total y anda a tientas en la noche.

Frente al fracaso de no pescar nada, aparece Jesús, con el don de su Palabra: " ...echen las redes al lado derecho de la barca y pescan". La obediencia a la Palabra produce el resultado de una pesca abundante y experimentaron con el Señor la novedad en su vida: la FE.

Del Evangelio según San Juan 21,1-14

Poco después, Jesús se apareció otra vez a sus discípulos junto al lago de Tiberíades. Estaban juntos Simón Pedro, Tomás el gemelo, Natanael el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo y otros dos discípulos. En esto dijo Pedro: Voy a pescar. Los otros dijeron: Vamos contigo. Salieron juntos y subieron a una barca, pero aquella noche no lograron pescar nada.

Al clarear el día, se presentó Jesús en la orilla del lago, pero los discípulos no lo reconocieron. Jesús les dijo: Muchachos, ¿han pescado algo? Ellos contestaron No.

Él les dijo: Echen la red al lado derecho de la barca y pescaran. Ellos la echaron, y la red se llenó de tal cantidad de peces que no podían moverla. Entonces, el discípulo a quien Jesús tanto quería le dijo a Pedro: ¡Es el Señor!

Al oír Simón Pedro que era el Señor, se ciñó un vestido, pues estaba desnudo, y se lanzó al agua. Los otros discípulos llegaron a la orilla en la barca, tirando de la red llena de peces, pues no era mucha la distancia que los separaba de tierra; tan sólo unos cien metros. Al saltar a tierra, vieron unas brasas, con peces colocados sobre ellas, y pan.

Jesús les dijo: Traigan ahora algunos de los peces que han pescado. Simón Pedro subió a la barca y sacó a tierra la red llena de peces; en total eran ciento cincuenta y tres peces grandes. Y, a pesar de ser tantos, la red no se rompió. Jesús les dijo: Vengan a comer.

Ninguno de los discípulos se atrevió a preguntar: «¿Quién eres?», porque sabían muy bien que era el Señor. Jesús se acercó, tomó el pan en sus manos y se lo repartió, y lo

mismo hizo con los peces. Ésta fue la tercera vez que Jesús se apareció a sus discípulos después de haber resucitado de entre los muertos.

MEDITACION

“Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla.... se acercó Jesús, tomó el pan y se lo dio a sus discípulos y también el pescado.” (Jn 21, 4). Al rayar el alba, el Resucitado se apareció a los Apóstoles, que habían pasado toda la noche trabajando en vano en el lago de Tiberíades. El evangelista precisa que aquella noche “no pescaron nada” (Jn 21, 3), y añade que no tenían nada que comer. A la invitación de Jesús: “Echen la red a la derecha de la barca y encontrarán” (Jn 21, 6), obedecieron sin dudar. Pronta fue su respuesta y grande su recompensa, porque “por la abundancia de peces no tenían fuerzas para sacar la red” (Jn 21, 6), que había estado vacía durante la noche.

¡Cómo no ver en este episodio, que san Juan narra en el epílogo de su evangelio, un signo elocuente de lo que el Señor sigue realizando en la Iglesia y en el corazón de los creyentes, que confían en él sin reservas! Los santos son testigos singulares del extraordinario don que Cristo resucitado concede a todo bautizado: el don de la santidad.

“Aquel discípulo que Jesús tanto quería le dice a Pedro: ‘Es el Señor’” (Jn 21, 7). En el evangelio hemos escuchado, ante el milagro realizado, que un discípulo reconoce a Jesús. También los otros lo harán después. El pasaje evangélico, al presentarnos a Jesús que “se acerca, toma el pan y se lo da” (Jn 21, 13), nos señala cómo y cuándo podemos encontrarnos con Cristo resucitado: en la Eucaristía, donde Jesús está realmente presente bajo las especies de pan y de vino. Sería triste que esa presencia amorosa del Salvador, después de tanto tiempo, fuera aún desconocida por la humanidad. Cuando los discípulos lo reconocen junto al lago de Tiberíades, se afianza su fe en que Cristo ha resucitado y está presente en medio de los suyos. La Iglesia, desde hace dos milenios, no se cansa de anunciar y repetir esta verdad fundamental de la fe.).(Cfr. Benedicto XVI, 29 de marzo de 2008)

La vida es imprevisible. Podemos ser felices un día y estar tristes al siguiente, estar sanos un día y enfermos un día después, ser ricos un día y pobres al siguiente. ¿A quién podremos, entonces, aferrarnos? ¿En quién podremos confiar para siempre?

Sólo en Jesús, el Cristo. El es nuestro Señor, nuestro pastor, nuestra fortaleza, nuestro refugio, nuestro hermano, nuestro guía, nuestro amigo. Vino de Dios para estar con nosotros.

Murió por nosotros y resucitó de entre los muertos para abrirnos el camino hacia Dios, y se ha sentado a la derecha de Dios y nos acogerá en su casa. Con Pablo, debemos estar seguros de que «ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni las potestades ni la altura ni la profundidad ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Rm 8,38s) (H. J. M. Nouwen, Pan para el viaje, Brescia 1997, p. 383.)



*Reina del cielo, alégrate, aleluya.
Porque el Señor, a quien has llevado en tu vientre, aleluya.
Ha resucitado según su palabra, aleluya.
Ruega al Señor por nosotros, aleluya.
Goza y alégrate Virgen María, aleluya.
Porque en verdad ha resucitado el Señor, aleluya.*

Oh Dios, que por la resurrección de Tu Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, has llenado el mundo de alegría, concédenos, por intercesión de su Madre, la Virgen María, llegar a los gozos eternos. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amen.